

CORDIALIDAD II

Padre Pedro José Ynaraja

Es una manifestación de la amabilidad y a la postre, de la Caridad. Pero esta última palabra nos suena a beneficencia o a un amor trascendente y estoy hablando de la actitud interior referida al trato con los hombres. Aunque parezca que es una diminuta manifestación de la virtud teologal, es muy importante. Pondré un ejemplo paralelo para que se me entienda mejor. La Fe es una virtud teologal, un don generoso de Dios, pero nos preparamos para recibirlo instruyéndonos en la doctrina de Jesucristo. Nosotros mismos para conservarla, debemos continuar ejercitándonos en ello. La cordialidad, la amabilidad, la ternura, son soportes del gran Amor, que difícilmente enraizará en nuestro interior, si nuestro trato con los demás es antipático o indiferente. El valor de las antiguas monedas estaba en el metal precioso con que estaban acuñadas, pero se expresaba en el sello identificativo para certificar su precio. Espero que el ejemplo sirva para que se entienda la urgencia, en nuestros tiempos, del rostro de la Caridad, que es la cordialidad.

Quisiera, por un momento, advertir que cordialidad no es lo mismo que simpatía. Hay personas que están dotadas de esta cualidad natural, de la que se sirven para ser bien aceptadas con facilidad en cualquier ambiente, sin ningún coste, sin ningún esfuerzo, sin ninguna generosidad. Cuando topo con uno de tales individuos, y si para colmo son atractivos y lo que hoy llaman jóvenes, que pueden tener 45 años y creérselo, me invade el pánico. Van por el mundo exhibiendo su atractivo y huyendo de cualquier servicio, sin prestar ninguna ayuda generosa y gratuita. Al principio se ganan la confianza de la gente, caen siempre bien, para decepcionarlas no mucho más tarde. Y ya se sabe "el gato escaldado del agua tibia huye". La cordialidad, que quede claro, no es nada de esto.

Si me quejaba el otro día del poco aprecio que se tiene entre nosotros por el sacerdote o más acertadamente del trato poco amable que se le da, cosa que les entristecía e inclinaba a la decepción y a la pérdida de la ilusión para que otros le sigan, debo advertir que no siempre ocurre así.

No hace mucho, con motivo de la inauguración de la basílica de la Sagrada Familia en Barcelona, los que nos habíamos inscrito para concelebrar, debíamos pasar por controles de la policía autonómica, de la urbana y de la policía nacional. Todos se comportaron con exquisita amabilidad. Ahora bien, en el interior, quienes nos indicaron donde debíamos revestirnos, cuando hubimos de subir por la escalinata que va de la cripta a la nave, nos íbamos encontrando con jóvenes que nos saludaban uno por uno y sonriéndonos. Quienes me acompañaron a distribuir la comunión lo hicieron con un respeto y fervor encomiable. Tenía la sensación de estar en el Vaticano. Sentía, por el trato recibido, la satisfacción humana de ser sacerdote, que algo ayuda a nuestra vocación.

Si la velocidad que las normas de seguridad exigieron al vehículo del Papa, que se desplazaba del Arzobispado a la Basílica, decepcionó a muchos, la amabilidad de los voluntarios que informaban y protegían los espacios acotados, sin ninguna brusquedad, sin prisa ni atolondramiento, fue un tanto muy positivo.

Desde la redacción de los carteles informativos en las puertas de nuestras iglesias, las voces que responden por teléfono o portero automático, la cara del que abre la puerta a la hora del despacho parroquial, del que indica donde está la sacristía o el horario de las misas, cualquiera que interviene en la dinámica eclesial, debería tener muy en cuenta que su actitud debe pregonar la bondad de nuestro Dios y la hospitalidad de nuestra Iglesia. Remacho el clavo de lo dicho con una sola frase, que la vuelvo a repetir: la cordialidad es el rostro de la Caridad.

Padre Pedro José Ynaraja